Sentimientos revolucionarios

Diana Rodríguez

Author: Diana Rodríguez
Coverdesign: Diana Rodríguez
ISBN: 9789463673631
© Diana Rodríguez

Contenido

Capítulo I. Momento frustrante 5
Capítulo II. Razón 10
Capítulo III. Cuando la vida te noquea 14
Capítulo IV. Creación en proceso 20
Capítulo V. Renuencia 25
Capítulo VI. Las apariencias engañan..... 29
Capítulo VII. Para descubrir, hay que trabajar..... 41
Capítulo VIII. ¿Tiempo y lugar equivocados?..... 49
Capítulo IX. Siempre podemos trascender 54
Capítulo X. Cuando las pesadillas regresan una y otra vez 57
Capítulo XI. La realidad siempre vuelve 66
Capítulo XII. Acerca de cómo la pasión se impone..... 72
Capítulo XIII. Misiones que parecen imposibles..... 77
Capítulo XIV. La marca de los caracoles 93
Capítulo XV. Los finales marcan tan sólo otro comienzo 101
Capítulo XVI. Los retos y su relación con las incógnitas..... 106
Capítulo XVII. Las buenas amistades siempre nos reviven.. 115
Capítulo XVIII. ¿Cómo convertir al miedo nuestro aliado?. 119
Capítulo XIX. Anestesia 129

Capítulo XX. Todos tenemos una razón de ser..... 137
Capítulo XXI. Comenzar a romper las ataduras 146
Capítulo XXII. Conformando el rompecabezas..... 155
Capítulo XXIII. Despojarnos del alma significa la muerte... 161
Capítulo XXIV. Decisiones 171
Capítulo XXV. Vale la pena resistir 175
Capítulo XXVI. Hacer valer las segundas oportunidades..... 183
Capítulo XXVII. Rasgaduras 189
Capítulo XXVIII. Revolución..... 195
NOTA PEQUEÑA 200

Capítulo I. Momento frustrante

Les he dicho a mis padres que quiero seguir estudiando arte pero que también quiero estudiar sobre educación, en específico, deseo ser educadora. No han pegado el grito en el cielo, no físicamente, pero he visto sus expresiones y eso ha sido suficiente para conocer su respuesta. Mi padre puso una seriedad mayor que la usual y movía lentamente la cabeza de un lado a otro. Mi mamá hizo una mueca seguido de una mordida de labio, lo cual significaba que desaprobaba algo. Enseguida expresaron: "¿No quedaría mejor como pasatiempo?"

Yo sólo me reí. Era una incoherencia, primero me inscribían en clases de pintura y luego, ¿rechazaban la idea de que estudiara arte?, no tenía lógica. No quería describirlos como materialistas ni nada por el estilo, pero a veces creía que en verdad no les importaba lo que encerraba este universo. Eran muy cultos, pero siempre terminaban dándole mayor importancia a la crítica social. Esa era otra de las razones por las cuales no querían que me dedicara a la educación, porque está desvalorizada, aun cuando sea el origen de todo. No imaginaban a su hija yendo de comunidad en comunidad sin tener una estabilidad económica o causando revueltas políticas, lo cual debo admitir, yo rechazaba.

Él era ingeniero eléctrico y mi mamá era química farmacobióloga. Su hija sencillamente quería ser educadora y enseñar arte, no le veía mayor problema. Esa tarde decidí dejar las cosas por la paz, quedaba claro que no accederían tan fácil,

pero yo tampoco me rendiría al instante. Por otro lado, precisamente tenía clase de pintura y no quería faltar.

A veces simplemente quería irme lejos, olvidarme de las mentiras dichas en los medios de comunicación, de las superficialidades, de los estereotipos, de las injusticias de mi país y comenzar de nuevo. A veces sólo quería viajar al país de nunca jamás y ser una niña, recorrer el mundo en menos de 80 días y marcar un nuevo récord… quería tantas cosas, tantas que la decepción era inmensa cuando me topaba con la injusticia, el odio y el juego de poderes. Llegaba a pensar que yo no podría lograr un cambio, por pequeñito que fuera.

Es curioso cómo las personas pueden influir inmensamente en nosotros. Prácticamente toda mi vida había tenido acercamiento al arte, mi madre solía comprarme acuarelas para mantenerme ocupada, mientras ella trabajaba. No me consideraba buena hasta hace tres años, cuando entré a la prepa y me enteré del taller de plástica, por lo cual decidí entrar. Desde mi perspectiva, mis trabajos eran deformaciones coloridas, pero un día, mi profesora dijo sentir como si algo revoloteara en su ser al observar mi pintura acerca de niños contemplando el atardecer. Yo sólo veía formas deformes, mientras ella veía arte. Claro, también dijo que podía mejorar y por ello, me recomendó el instituto de arte contemporáneo.

No tenía nada que perder y mucho estrés, ideas y contrariedades que descargar, así que acepté. Cuando le comenté a mis papás, creyeron que sería una buena actividad recreativa y accedieron. Creo que ahora no pensaban igual.

Cuando llegué al instituto Víctor ya me estaba esperando. Era mi compañero de clase y mi mejor amigo. Lo conocía desde la secundaria, nos conocimos cuando por error

lo aventé de las escaleras. Cualquiera creería que soy una demente y a veces yo también me lo cuestionaba. El día en que nos conocimos, yo salía de clase y tenía prisa por llegar a casa, no había sido un buen día: había olvidado mi tarea, la maestra de inglés me había pedido construir una conversación con otro compañero y al expresar "no way", significando "de ninguna manera", el grupo pensó que ofendía a mi compañero y las risas explotaron por todos lados. Por si fuera poco, una paloma había defecado en mi fruta, ¡¿había algo peor?! Entonces sucedió.

Casi al terminar de bajar las escaleras, pisé mis agujetas y aventé a Víctor del cuarto escalón. Por suerte no era más que un tobillo lastimado para él, pero bastó para que me apodaran "agujetitas locas". Era un apodo estúpido, pero los chicos suelen ser muy crueles en secundaria. Después de eso, visité a Víctor hasta que sanó. Descubrimos que ambos éramos fans de Verónica Roth en su trilogía Divergente, somos mejores amigos desde entonces.

Además, también descubrimos que nos encantaba la pintura, aunque reconozco que él es el verdadero artista. Cuando le comenté que la profesora Miranda me había recomendado el instituto, se alegró de que estuviéramos juntos.

Llegar a ese lugar fue mágico, era como si todo desapareciera al pasar la puerta y dejara de ser yo para construir algo diferente. Cuando estaba ahí, sentía que podía crear cualquier cosa. Cada tarde Víctor me esperaba a la entrada del instituto y dábamos paso a la creación del mundo.

El profesor Diego elogiaba mi trabajo con frecuencia. Nunca había tenido un profesor estricto, pero a su vez, muy

inteligente y con la capacidad de motivar verdaderamente a sus alumnos. Solía hacer varias observaciones a mi trabajo y a la vez, reconocer mis puntos fuertes, eso me hacía creer que tenía potencial. Por ello, le había pedido apoyo sobre alguna escuela de arte, para estudiar a la par con pedagogía. Si mis papás seguían negándose a que estudiara lo que me apasionaba, entonces creo que había llegado el momento de rebelarme. Siempre había sido la "niña buena", siguiendo orden tras orden y aunque me aterraba desafiarlos, no terminaría estudiando una carrera reconocida pero que me causara frustración constante. A la corta edad de 18 años, había descubierto que hacer lo que amas es el mayor tesoro que puedes tener.

Al menos logré despejar mi mente durante la clase. Cuando terminamos me despedí de Víctor antes de perderlo, ya que sus papás habían reducido su tiempo para jugar videojuegos. Con esto de la universidad, lo habían inscrito en un curso para facilitar su entrada al Politécnico. Ellos sabían que esa inversión lo valía y lo apoyaban en la carrera. Claro, era una carrera con "futuro", entonces no podían decirle que no cuando él solicitó entrar al curso.

Después de la clase de arte, su mamá lo recogía para llevarlo a la otra escuela y este lapso era el único momento que él tenía para triunfar en los videojuegos. Si me tardaba demasiado en despedirme, él ya había sido transportado al mundo de castillos, duendes y esas cosas. Solía explicarme mil veces, y las mil veces yo conseguía olvidarlo.

Esa tarde el cielo se vestía de tonalidades grisáceas, indicando que llovería. No me agradaba la idea de llegar tan temprano a casa, así que me puse la chaqueta y me encaminé

lo más lento posible, con la disposición de ser parte de la tormenta. De vez en cuando, no nos viene mal un enjuague de tristezas, de penas y frustraciones. Entonces me perdí entre la multitud.

Capítulo II. Razón

Desde hace poco comenzaba a prestar atención en los lugares que recorría de camino a mi hogar. Intentaba descifrar cómo era sentirse en casa, por si algún día me iba, recordar lo que me gustaba de este lugar y lo que me hacía sentir feliz. Todas las tardes el señor de la panadería desbordaba ese rico olor al abrir sus puertas, indicando que el pan acababa de salir del horno y la florista olía profundamente los ramitos que le quedaban. Algunas personas parecían que iban de regreso a su casa después de un día pesado en el trabajo. Lo intuía por su mirada cansada y el resoplo que generaban cada vez que debían esperar para cruzar la calle, o la forma en que arrastraban los pies por la acera.

Cuando uno se da la oportunidad de observar, es asombrosa la diminuta cantidad de personas que son felices. Creo que son aquellas que a pesar de terminar la tarde, comparten una sonrisa a los demás. Me preguntaba si alguna vez me habrían observado, ¿pensarían que soy feliz?, ¿o verían una profunda desdicha? Quería pensar lo primero, porque la clase de pintura me encantaba, entonces, no había motivo para tener cara larga. Sin embargo, a veces me preguntaba si aparte de ese momento era realmente feliz. Por momentos me sentía egoísta, es decir, mientras yo tenía mucho otros no tenían nada. ¿Se valía ser feliz cuando otros sufrían? Quizá eso se compensaba cuando otros eran felices mientras yo andaba por los suelos.

Esto me llevaba a otros cuestionamientos, si a veces no me conocía yo misma, cómo se atrevían los otros a opinar. El

único que podía criticarse era el que llevaba su propio mundo. Por tanto, sabía cuándo era de día y cuándo llovía, cuándo salía la luna y cuándo el sol, etc.

Ensimismada iba en mis ideas cuando sentí el golpe en mi brazo, volteé instantáneamente y vi que una chica se alejaba rápidamente. De repente los escuché, al principio parecían fuegos artificiales, pero al ver que se hacían más intensos y que la gente comenzaba a alterarse y moverse de prisa, caí en la cuenta de que eran disparos, estaba cerca de un tiroteo. Al principio me paralicé, nunca había estado en una situación así, no sabía a dónde correr, cuando acordé la mayoría de los lugares ya estaban cerrados. Era tal mi impresión que ni siquiera quería gritar o llorar, sólo pensaba que ese sería mi fin y a pesar de que tal vez no hubiera vivido mucho, me sentí tranquila, aunque con la esperanza de tener más tiempo. Repentinamente, recordé que estaba cerca la universidad, si me apuraba quizá lograría refugiarme.

Cuando estaba a unos cuantos pasos escuché que los disparos procedían precisamente de ahí. Me sentí estúpida por no darme cuenta antes si las personas huían en mi dirección o en la dirección contraria. Todo lo que logré ver fue que una chica se escondía bajo un coche y como era la más cercana, decidí refugiarme con ella, con la esperanza de que no me rechazara. Por suerte, mi bolsa no contenía mucho y pude deslizarla ávidamente. Lo que se atoró fue mi tobillo, pero como estaba cerca de un montón de periódico, lo cubrí para que se camuflara.

Los disparos siguieron por lo que a mí me pareció una eternidad, aunque después me enteré que solamente habían sido un par de minutos. En ese lapso no pude evitar pensar en

todo lo bueno que tenía, en mi familia, en mis amigos, en lo que me gustaba hacer, pero también en todo lo que quería lograr, en crecer y aportar mi granito de arena. Quería enseñar, de eso no tenía duda, quería conocer nuevos lugares y plasmarlos a través del pincel, y quería seguir descubriendo quién era. Sentí que algunos disparos pasaban tan cerca que imaginaba su impacto con alguna parte de mi cuerpo, ocasionando gritos, entonces sí, quedaría al descubierto. Sería mi fin, no tendrían piedad de mí.

Cuando al fin cesaron, todo quedó en silencio un buen rato. Incluso me negaba a moverme por si acaso regresaban. Más tarde comenzaron a escucharse las patrullas, pasos, lloriqueos y regresé a la realidad. Durante todo el lapso no me había dado cuenta de que estaba mojada, poco antes había lloviznado así que estaría toda enlodada. Fue ahí cuando me fijé, no era agua lo que estaba húmedo, era sangre. Pensé que la chica a mi lado estaría herida, aunque si lo pensaba, no la había escuchado quejarse.

Como estaba de espaldas, la moví un poco pero no obtuve respuesta alguna, la giré y me percaté que tenía un disparo en la frente. Me quedé pasmada, yo jamás había estado ante una situación así, pude haber sido yo. Me asusté y me alteré de ver ese orificio en su cabeza, pensando ingenuamente que en algún momento reaccionaría. Fue tal mi impacto que al querer levantarme rápidamente me golpee contra el coche. El aire me era insuficiente, no podía respirar.

No sé cuánto tiempo me quedé debajo del carro hasta que reaccioné y tomé el celular. Luego salí y me puse la chamarra extra que llevaba en la mochila para cubrir la sangre. Le marqué a mi papá y él también se estremeció porque duré

unos segundos sin poder hablar. Al final logré enunciar únicamente: “Ven por mí, yo no puedo, estoy, universidad San Carlos”.

La gente pasaba, lloraba, preguntaba cosas que yo no entendía. Me quedé en un rinconcito, observando todo en silencio. No sé qué aspecto tendría, pero por momentos sentía que la gente pensaba en mí como una vagabunda con la intención de enterarse del chisme. Después de otro rato, un chico de blanco, un paramédico, me tomó del brazo y dijo que debían revisarme para asegurarse de que no estuviera herida, al menos eso entendí. En ese momento vi llegar el coche de mi papá, vi su expresión de terror y cómo aceleraba el paso para llegar a mí. Yo sólo observaba que movía los labios mientras hablaba con el paramédico, sin entender lo que decían.

Al final me tomó del brazo y me llevó hasta el coche. Me colocó el cinturón de seguridad y comencé a llorar. Había estado en un atentado, había estado con una chica que había tenido vida hasta hace poco y ahora yacía tendida en el suelo frío, sin saber más nada. O quizá desde el inicio había fallecido y no me había dado cuenta. Todo lo que resonaba en mi mente con mucha fuerza era “pude haber sido yo”. Ahora todo era un caos, había muertos, heridos, dudas... pude haber sido yo. Sin embargo, no lo era, por alguna extraña razón, algo que no cabía en mi capacidad de entendimiento, yo seguía con vida, entonces esa frase de “pude haber sido yo”, se convirtió en “¿por qué yo?“.

Capítulo III. Cuando la vida te noquea

Mi papá estuvo en silencio tanto como yo lloré y agradecí que no pidiera detalles de cómo había ocurrido todo, cómo me sentía (en especial esto), ya que lo observaba claramente. Únicamente se limitó a abrazarme tan fuerte que sentí como si un poco de todas mis penas se hubieran reacomodado. Eso era lo que me gustaba de mi familia, pensábamos diferente, pero al final, todos nos apoyábamos aunque no estuviéramos de acuerdo. No dudaba de su amor, sabía que deseaban lo mejor para mí, por ello su insistencia de que yo estudiara algo "mejor". Aun así, esta experiencia me hacía aferrarme profundamente a lo que me gustaba, porque para mí eso era lo mejor.

Cuando llegué a casa, papá me abrió la puerta del coche y caminé despacio, todavía algo aturdida. Al entrar a la casa mamá ya nos estaba esperando en la sala con una taza de té. Mis padres se contaban cualquier cosa y tratándose de mí, nunca guardaban secretos. Ella intentaba mostrarse tranquila, aunque por momentos observaba que también le temblaban las manos. Me preguntaron qué había sucedido, entonces les expliqué que todo iba normal después de la clase de pintura, yo caminaba tranquilamente hasta que comenzaron los disparos. Les platiqué que iba a refugiarme en la universidad cuando me di cuenta de que ahí se originaban, por lo cual me escondí bajo un coche.

Les conté a mis padres sobre la chica y mi necesidad de conocer quién era, porque para mí, de alguna forma me había salvado la vida. Mis papás se miraron mutuamente y se

quedaron en silencio. Terminé mi taza de té y después mamá exclamó que lo más conveniente era darme un baño y descansar.

Al día siguiente tenía una presentación de inglés, la cual contaría como evidencia para la calificación semestral, decidí ducharme y trabajar en ello. Era raro ver tanto color rojo en la ducha y yo estar intacta físicamente. Lo pensé de esa forma porque, aunque lucía bien, por dentro estaba sangrando, me estaba deshaciendo y yo sabía que en este día algo dentro de mí se había roto.

Intenté estudiar un poco, aunque sin mucho éxito, las imágenes pasaban en mi mente como si fueran una película. Tuve curiosidad sobre lo ocurrido y me puse a investigar. La noticia estaba desde hacía varias horas en internet, pero distorsionaban algunas cosas. Se decía que había sido una disputa entre los alumnos, cuestión de chicas o de drogas, eso estaba por investigarse. Otra nota decía que los profesores quienes habían fallecido, andaban en juegos sucios y se los habían cobrado. La última nota decía que había sido un ataque terrorista, las personas habían entrado y habían comenzado a disparar. Eso no me gustaba nada, parecía una cortina de humo para dar paso a algo más grande, la cuestión era "¿qué era eso más grande?". Justo pensaba en ello cuando recibí un mensaje de Víctor:

—¿Estás bien?, ¿qué sucedió?

—Tú me abandonaste, eso sucedió —respondí.

—Jamás imaginé que…

—Relájate —Lo interrumpí— la verdad es que ni yo termino de asimilar lo sucedido. Estaba caminando despacio,

observaba lo que me rodeaba y de pronto los escuché. No entiendo.

—¿Qué no entiendes?

—Sigo viva.

—Eres una chica con suerte —agregó varias caritas sonriendo.

—Lo digo en serio Víc. Sigo viva, estaba con una chica que también lo estaba y a los cinco segundos ya no. ¿Con qué propósito?

—No lo sé, quizá nadie lo sabe y lo va descubriendo de a poco, ¿no crees?

—Quiero conocerla.

—¿A quién?

—A esa chica, la que murió, la que estaba bajo la camioneta conmigo.

Siento que se lo debo.

—Por ahora deberías descansar ¿vale?

—De acuerdo, pero me ayudarás, ¿cierto?

—Descansa, mañana será otro día —y se desconectó.

"Mañana" la vida seguiría, el mundo no se detendría por lo ocurrido. Pero yo no quería, es decir, ¿y si me volvía a topar con algo así?, tenía miedo. Me fui a la cama, miré el techo detenidamente, mientras identificaba un chihuahua con una pelota, una llama y un submarino. Parecía que pensaba en todo pero, en realidad no pensaba en nada. Así me fui con la mente en blanco, viajando entre nubes hasta que mis ojos se cerraron por completo.

La veía a lo lejos, corriendo, cayendo, quedándose inmóvil. Me acercaba despacio y de repente, mi ropa estaba empapada, pero no era lluvia, era sangre. Me desperté gritando

y sudando, apenas hacía una hora y media que me había dormido. El reloj marcaba las 12:30, la primera pesadilla de la noche.

Creo que lo peor de las pesadillas es que te hacen revivir todo una y otra vez, te recuerdan lo que perdiste, el dolor y si se asocian con aquellos a quienes amas, te desarman por completo. En la última pesadilla se encontraban mis padres, estábamos en el mismo atentado, de nuevo yo pensaba meterme bajo el coche cuando los veía a ellos y cambiaba mi dirección. Sin embargo, antes de poder tocarlos, a mi papá le disparaban y enseguida mi mamá desaparecía. A pesar de que últimamente no estaban de acuerdo en lo que quería para mi vida, perderlos ocasionaba una clase de dolor diferente, uno que comienza a rasgarte desde dentro hasta que se abre paso, rasguñando, quemándote y en mi corta vida, ese era uno de los dolores más letales que podía experimentar hipotéticamente.

Cuando me desperté, tardé todavía un par de minutos en asimilar que todo había sido un mal sueño, no hacía más que mirar alrededor para que mi habitación volviera a ser familiar. Miré el reloj, eran las 4:00 a.m. pero yo ya no quería volver a dormir, era mejor que los ojos me ardieran por no dormir que regresar a las pesadillas. Aún faltaban dos horas para comenzar a alistarme e ir a la escuela, mis padres me habían dicho que podía decidir no ir, pero no quería quedarme en casa, ¿qué haría?, podría leer y ver un par de películas, pero mi mente estaría ausente. En cambio, en la escuela podría ver a mis compañeros, incluso su ruido y el alboroto me ayudaría a evitar ciertas ideas, me harían sentir acompañada.

Ya no quería permanecer recostada y dando vueltas, así que me levanté y prendí la computadora. Comencé a buscar en

internet alguna nota periodística o alguna publicación que hablara sobre lo ocurrido. Había bastantes reportajes, pero ninguno decía la causa del atentado, por el contrario, sólo hacían inferencias acerca de que podría haber sido un atentado terrorista pero que seguirían investigando. En las redes sociales había fotografías que algunas personas habían tomado al pasar por ahí, cuando todo se había calmado. Se reflejaban las cintas amarrillas que indicaban que el paso estaba prohibido a la universidad, se percibían autos con los vidrios rotos, papeles quemados, y uno que otro policía. Claro que no se daría con los responsables, aunque a las personas les inquietaba y causaba un impacto para los estudiantes, el gobierno no se preocuparía por ello.

En una de las fotografías hubo algo que me llamó la atención, un coche verde oscuro, también tenía los cristales rotos y aunque ya no había nadie bajo él, lo reconocí. Era el carro en el cual me había refugiado, ahí estaba la mancha de sangre, la cual pensé que era agua, hasta que vi su color. Recordé a la chica, primero cómo corría para refugiarse, intentando salvar su vida, y después inmóvil. Sin pretenderlo, una profunda tristeza me invadió, me pregunté cómo era posible que alguien hiciera algo así. Se atacaban bancos por dinero, empresas para saquearlas, había enfrentamientos entre narcotraficantes, pero ¿una escuela?

El dolor seguía latente, cuando una persona es capaz de atacar la educación, entonces ¿qué más queda?, esta nos da esperanza de un cambio. Otra idea comenzó a asomar por mi mente, yo estaba aterrada por lo sucedido, no quería volver a pasar algo así nunca más y era curioso, me di cuenta de que si quería ser profesora no estaría exenta de ningún peligro, ni

siquiera en la escuela estaría segura de algo así. Inesperadamente no me sentía paralizada, algo me unía con más fuerza a mi sueño. No pude evitar pensar que habría una razón poderosa para atacar la universidad, pero la verdad tampoco me emocionaba demasiado indagarla. Sin embargo, lo que sí quería hacer era saber quién era esa chica.